

Cuando el campo se vuelve rojo



Esta historia me la contó mi abuelita muchas noches, cuando no podía quedarme dormida.

Comienza una madrugada, en la isla de Calbuco, en la Región de Los Lagos, cuando sus pobladores no tenían televisión, agua potable y ningún tipo de conexión con tierra firme y la vida era mucho más simple que ahora.

La abuelita Libia se levantaba muy temprano, tan temprano que era ella quien despertaba al gallo cada mañana. Iba a buscar leña y encendía la cocina que funcionaba con este elemento propio y vital de la tierra. Mezclaba harina y levadura para comenzar a hacer las más ricas tortillas del pueblo para sus cinco hijos de los que estaba encargada luego de que el abuelo Juan muriera. Con el olor del pancito caliente se levantaban los niños y preparaban una jarra de té que bebían junto a esta masa humeante. La acompañaban con mermelada de frambuesas que ellos mismos recolectaban en el patio



de su casa que, fácilmente podríamos decir, eran muchas hectáreas, porque en Calbuco nadie peleaba por las tierras y estaban compartidas por todos los campesinos de la isla.

Luego de ese rico desayuno, los niños iban con un balde de lata al pozo para sacar agua para asearse y para beber. Luego, alimentaban a sus animales. Marcos se dedicaba a darle cáscaras de papas y afrecho a los chanchos; Rosa, a lanzar maíz a las gallinas y recoger huevos frescos (para hacer un queque, pensaba, la niña); Omar llevaba a pastar a las cabras; Luis ordeñaba las vacas y María corría a cepillarse el cabello, ponerse el único vestido que tenía y a sacudir a "Miguelito", un oso de género que le había confeccionado su tía Esther y que ella llevaba a todos lados... Todo esto para que la abuela la tomara de la mano para ir en bote de compras a la ciudad, porque ese era un día muy especial: era el 2 de febrero, el día de la Virgen de la Candelaria y la mesa se vestiría de fiesta y de seguro iban a preparar un rico curanto en hoyo para celebrar su día después de la caminata hasta el pueblo de Carelmapu.

Ya casi eran las 8 de la mañana y los niños, luego de sus deberes, estaban listos para su paseo, pero María debió dejar a Miguelito en casa porque así se lo pidió la abuela, con la pena que esto le provocaba.

Corrieron hasta el embarcadero y se subieron todos al bote y María era llevada de la mano por la abuela. Era la niña más feliz del mundo y cuidaba de no ensuciar su vestido en aquella aventura.

Visitaron a la Virgen y compraron todo lo necesario. Comieron un milcao en el camino y cerca de las 15.00 pm iban de regreso a su querida isla en un pequeño bote, cuando divisaron a lo lejos el humo que provenía de la isla. Rosa, María y Marcos comenzaron a llorar, mientras que Omar y Luis se tomaron de las manos y comenzaron a rezar, pidiéndole a Dios que cuidara a sus queridos animales. La abuela miraba con horror a medida que el bote se acercaba a la isla, sin decir palabra alguna. Al atracar el bote, la abuela le dijo a Omar y Rosa, los hijos mayores, que cuidaran a los pequeños y que no se movieran del embarcadero por nada del mundo hasta que ella regresara. . . porque ella volvería pronto.



La abuela Libia corrió por las calles y veía cómo el fuego avanzaba igual que lo hacen las olas del mar. Sabía que el fuego alcanzaría su casa de madera, así que corría cada vez más rápido. En dos sacos puso un poco de harina, el pan que había horneado en la mañana, algo de ropa y un poco de dinero que tenía escondido. Salió al patio y liberó a los animales para que corrieran a su suerte. Cuando salió de casa, recordó a Miguelito y subió las escaleras a buscarlo y ahí estaba, -parecía que el muñeco sonreía al verla- y juntos salieron del lugar, cuando la calle parecía arder.

La cuadra comenzó a arder y la abuela se alejaba con lágrimas en los ojos viendo los recuerdos de una vida consumirse en segundos. El humo no dejaba ver nada, pero ella sabía que debía caminar en dirección al mar para ver a sus hijos de nuevo. La gente corría y trataba de rescatar sus pocas cosas, pero no había ningún lugar seguro. Al llegar a la playa, la abuela abrazó a sus hijos, quienes miraban con resignación cómo el fuego y el viento se comían el pueblo. Horas más tarde, el mismo cuartel de bomberos también se consumía por el fuego, como una broma cruel del destino.

La abuela Libia y otros campesinos se reunieron para resguardar la iglesia del pueblo y reunieron fuerzas y con baldes de agua salada y sus mismas manos lograron rescatarla. La abuela, entre gritos, pateaba una construcción cercana para desarmarla y así el fuego no tocara la iglesia... otros la imitaron y consiguieron su objetivo cuando la noche ya estaba sobre ellos.

Al amanecer, el pueblo entero estaba en la playa. La abuela abrazó a los niños y les dijo que levantarían su casa, volverían a hacer pan amasado, juntarían moras y frambuesas para hacer mermeladas y que serían más ricas que nunca. Que tendrían gallinas y vacas, porque el Señor los ayudaría a recuperar lo perdido, pero que lo más importante era que estaban todos juntos. María recorrió el camino a su casa de la mano de la abuela Libia, pero esta vez pasaban por un pueblo que no era el que conocía, era un pueblo fantasma que humeaba a su paso.

En el camino, debajo de un leño achurrascado por el incendio, había una planta de grosella, muy chiquita.



La niña, de largo cabello negro y piel blanca, sacó el relleno de su oso Miguelito y dentro puso tierra y la pequeña planta y lo plantó en el terreno de lo que había sido el patio de su casa.

La casa se reconstruyó con mucho esfuerzo y los animales se recuperaron y el árbol de grosella sigue en el mismo lugar donde junto a sus raíces descansa Miguelito. 🌷

Este texto forma parte de una antología del concurso literario “Historias de Nuestra Tierra”, de Fucoa (Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro).

Todos los derechos reservados.

Su autor es Josué Brayan Leiva Apablaza. Envío el texto al concurso estando en 4º Medio de la Escuela Industrial Guillermo Richards Cuevas, Región de Valparaíso.